

NOTAS, TEXTOS Y COMENTARIOS

CONCIENCIA Y PERFECCION HUMANA

En el hombre, ser inteligente y capaz de cambio, evolución, desarrollo, es evidente que la propia conformación, fruto de su iniciativa, no puede ser ajena a su conocer intelectual.

Es típico y aun exclusivo de la inteligencia, además de conocer adecuadamente la realidad tanto teórica como práctica, advertir sus posibles modificaciones en orden a su deterioro y a su perfeccionamiento, y, como efecto de ese conocimiento, señalar las normas y modo de acción sobre ella. Y lo que puede respecto de lo demás, lo podrá no menos con relación a sí. Por tanto, en el modificarse, evolucionar, desarrollarse del ser inteligente como tal, esa función indicadora de la inteligencia no podrá faltar.

Ahora bien, para dar el primer paso en ese proceso así autodirigido, el agente tiene que ser ya algo, existir, poseer capacidad de actuar. Esa realidad suya, que va a actuar sobre sí misma, de algún modo será. Ese modo es su estructura, constituida no más que por ser tal cual es simple o compleja, espiritual o material, débil o vigorosa, consistente o lábil. Lo que no es, nada podría hacer.

Mas esta estructura no tiene por qué ser algo definitivo y conclusivo. Puede muy bien ser, junto con su actual realidad, un haz de posibilidades, de potencialidades. La del ser inteligente a que nos referimos, modificable por su propia evolución y desarrollo, lo es esencialmente así. De este modo el hombre, constituido por su propia naturaleza o estructura característica por la que difiere de todo lo que no es él, puede decirse que es algo que ha de realizarse aún, una potencialidad destinada, lanzada a su plena actualización. ¿Un proyecto? Sin duda. El proyecto supone, además de posibilidades, un objetivo teleológicamente pretendido; y en el universo, en el que el hombre es la pieza más valiosa, hay orden. Pero un proyecto susceptible de las más extrañas deformaciones en el proceso de su realización, porque el agente ejecutor es de algún modo dueño de sus propios destinos. Y es obvio que no todos sean igualmente optables, dignificadores.

¿Cómo señalarse el diseño de lo realmente digno de realizarse, ennoblecedor y, al mismo tiempo, no inasequible por vanamente utópico? Con expre-

sión tan lejana casi como los esplendorosos albores de la cultura occidental, gusta hoy de responderse a esa pregunta repitiendo la frase del lírico griego: "¡Sé lo que eres!".

Efectivamente, no es desacertado ni deja de ser halagador el precepto. "Ens est bonum sibi", dice el aforismo filosófico tradicional, que el sentido común y la realidad constantemente ratifican. Todo ser es bueno para sí. Y así todo ser procura su propia conservación. Se encuentra bien —en su orden— con lo que es, con su realidad positiva, que tiende, según sus posibilidades, a mantener íntegra y a enriquecer con ulterior perfeccionamiento. No podrá ser otro el programa del ser del hombre, del hombre como proyecto.

Así, pues, la búsqueda de esa colmada y acabada estructura del ser del hombre, de esa enaltecedora actualización de su inicial potencialidad, al tener que estar acorde con la naturaleza y posibilidades de ésta, nos fuerzan a reconocerla y aceptarla en su real objetividad. Sobre ella podrá alzarse lo que se proyecte, ya sin pusilánimes recelos ni ensueños vanos.

Y este es el momento en que el anhelo de una mejorada estructura reclama la contribución de la conciencia. Es precisa la reflexión del hombre sobre su propio ser, sobre sí mismo, para conocerse en su realidad. Y esa es función genuina de la conciencia. En la conciencia ha de radicar y estribar, por tanto, el plan de autoperfeccionamiento que el hombre en cuanto tal realice de su propia estructura inicial.

Reflexión levísima, apenas esbozada, es la conciencia en su grado ínfimo. La precisa para advertir una mera afección sensitiva. La que, sin duda, se da en los mismos brutos, como indispensable para sentir las afecciones de placer y dolor orgánico. Aunque valiosa por su excelencia sobre lo infrapsíquico, y de importancia dentro del ámbito meramente sensitivo, ni por sí sola ni por las virtualidades que en el ser supone puede bastar para el asunto que nos interesa. El perfeccionamiento de la propia estructura por iniciativa autónoma la rebasa totalmente.

Reflexión, en cambio, característica de la conciencia intelectual es la del sujeto cognoscente que, volviendo plenamente sobre sí mismo, puede hacerse cargo de su auténtica realidad: de lo que es y, si su actualidad no colma sus posibilidades, también lo que puede llegar a ser. Este pleno descubrimiento no será obra de la pura intuición consciente inicial del ser inteligente; pero ella es su primer paso; y, además, por avanzarse en toda la elaboración constructiva, "proyectiva", a base de los datos obtenidos mediante la reflexión sobre la propia vida consciente, se puede estimar de algún modo toda la realización como obra de la conciencia. Tal es la típica conciencia psicológica humana en su ser y en su actuar, por cierto llevada en las atormentadas exploraciones del hombre contemporáneo hasta su límite de posibilidades.

Una alusión a las etapas de la autorreflexión como medio filosófico en el hombre moderno será útil para situarnos en la más adecuada a nuestro caso.

Luis Vives personifica bien la primera. Espíritu renacentista en plenitud, hombre de la "edad nueva" y humanista, le dio la primacía en el análisis del psiquismo humano por un relieve por nadie, si exceptuamos a San Agustín, nunca tan resaltado hasta entonces. Fruto de su empleo sería el conocimiento empírico y filosófico del hombre, en atmósfera de objetividad serena y realista.

Descartes, el primer filósofo moderno, pretendió hacer sistemáticamente de la reflexión la clave resolutoria de la problemática crítica. El lema diríase que es la limpia y diáfana objetividad, con el rigor y la precisión características de la matemática. Sin embargo, el objeto interior va cobrando extraña preponderancia. Nadie más estimador del hombre que el humanismo renacentista; pero es sin desestimar de las cosas, de su realidad, de su influjo en nosotros, al que se debe que las conozcamos. Para el nuevo filósofo moderno cuanto es preciso para conocer lo real está desde el principio en el interior de nuestro yo. Sólo tratándose de lo tan discutible como los colores o los sonidos y cualidades análogas, haría falta algún influjo exterior de más relieve; pero ya se ve cuán precario a juzgar por lo problemático e incierto, según el propio Descartes, de tales conocimientos. La autorreflexión en esta nueva fase descubre en el ser humano, y en virtud de la propia naturaleza de éste, además de sus características específicas, la autónoma capacidad representativa y figurativa de todas cuantas realidades hay en el mundo. Leibniz reafirmará esa posición: sin salir del gabinete de estudio, sólo por reflexión sobre los contenidos de la mente, sería posible construir las ciencias.

La autorreflexión resultaba fecunda. Pero aún se pudo avanzar.

La hipertrofia total del propio ser inteligente llegó con el idealismo. La mente, por virtud de su propia y única eficacia creadora, no era ya representativa del mundo, era el mundo. Para el idealismo la conciencia lo es todo.

Pero el sueño hubo de disiparse ante la realidad. Se había remontado la cima de la exaltación apreciativa del propio yo humano interior; y hubo que descender. Y aquella especie de grandeza megalómana idealista dio paso a la trágica depresión existencial. La reflexión, que había mezclado confusamente lo interno con lo externo, se clava ahora en el sujeto interior real tal como se presenta en su desnudez, su crudeza y su indigencia. El objeto es el mismo que observaron las generaciones anteriores; pero ha cambiado la luz a la que se le contempla. Bañaba al que observó Vives la claridad de la mirada sanamente humana. Al de Descartes la de la idea clara y distinta, aunque no siempre suficientemente discernidora. Ahora, a la orgía deslumbrante de los idealismos, ha sucedido una especie de extraño resplandor fluorescente que parece trocar los tonos del rostro vivo en lividez de cadáver. El idealismo tenía mucho de delirio maniaco. La locura cíclica ha pasado a su segunda fase: la depresión. Sin embargo, el presente es, sin duda, mucho más objetivo. Como que su predecesor no ha conseguido conjurarlo. La nueva actitud reflexiva, con la que cronológicamente nos ha tocado coincidir, no será por tanto estéril para nuestro propósito personal realista, siempre que no se traspasen los justos límites del buen sentido.

No bastaba concebir al yo como absoluto, al modo fichteano, para que lo fuese. Para no engañarse miserablemente hay que reconocerle como es.

Tan sensata norma fundamental del moderno pesimismo no puede desdeñarse. Y así el hombre, el propio ser del yo, imparcialmente examinado por sí mismo, no aparece ciertamente como absoluto. Todo lo contrario. Contingente, dependiente por su misma esencia desde su nacer a su morir; desde su respirar, básica función fisiológica, hasta su más elevado especular intelectual; en el poderoso despliegue de sus funciones exteriores y en su más tenue e íntimo obrar.

Una elemental reflexión nos impone esta realidad indudablemente sobrecogedora. Negarla sería necedad. Pero no lo es menos olvidarla, tan frecuente bajo el influjo de los diversivos de la atención... El volver el rostro para no ver el peligro puede tranquilizar. Nunca, sin embargo, más fatal la táctica del avestruz. Ciertamente, el despiadado hombre consciente contemporáneo no soporta engañarse de ese modo. Se mira dispuesto a verse como es y a reconocerse así; y, aun acaso no sin cierto cinismo, se manifiesta y se da a conocer miserable: lanzado a la existencia no por sí; impelido fatalmente también por fuerzas ajenas a él; condenado a donde todo su ser rehusa ser llevado, a su destrucción; y en ese lapso, de su origen a su término, zarandeado por todo, y ¿cuándo no decepcionado de algún modo en su secreto interior? El niño, cuya totalidad presente se agota con el objeto que le fascina, bien; pero el adulto, de más horizontes que el esto y el ahora, consciente de la ancha y múltiple realidad de las cosas todas, tan inasequible como halagadora, ¿cuándo disfrutará de sosiego pleno?

* * *

Veníamos a la conciencia como a punto imprescindible de arranque y de apoyo para idear nuestro proyecto de perfeccionamiento del ser humano: y esa base de toda norma fundamental, ¿no se ha convertido en inconsistencia y en enigma? El hombre, más que haz de posibilidades, aparece impotente, víctima de su insuficiencia, juguete de extraño destino. Es verdad; la suma de verdad y de apariencia, habitualmente entremezcladas ante nuestros ojos, eso es lo que parece dar. Pero el poder reflexivo de la conciencia no queda agotado con esto; puede aún analizar y discernir. A mayores esfuerzos de sutileza la tiene habituada el gusto de hoy. Seamos, pues, conscientes y actuales, y continúe la objetiva reflexión sobre nuestro ser.

La limitación congénita a él es, si vale la paradoja, de demasiado peso y volumen para poder pasar inadvertida. Un acceso alucinatorio de grandeza no puede ser permanente. Al menos para quien sea consciente en serio. Se engrairá, sí, satisfecho de sí propio al compararse con los que estima inferiores; pero enfrentado fríamente consigo mismo, entre posibles y espontáneas aspiraciones y eficacia de asecuración, ¿qué desnivel! "Sibi sapiens sufficit", pronunció, autosuficiente, Séneca. La réplica es obvia: ¿qué hombre podría llegar a ser "sapiens"? Si algo es el hombre es ser insuficiente, porque, además de serlo como todo contingente, lo experimenta con la viveza de que sólo es capaz su entendimiento y su sensibilidad. El ser "ab alio", según la exacta fórmula metafísica, de otro procede, de otro constantemente depende, de otro ha de esperar o temer su porvenir. Todo en su derredor se lo está gritando. Pero al mismo tiempo —feliz y espléndida contrarréplica de las cosas— le

brinda lo que necesita para cubrir y remediar su indigencia. Y, sobre cuanto las cosas pueden ofrecer, el calor personal de sus semejantes, del otro hombre, necesitado también de favor, pero no menos generador y difusor del máspreciado de los bienes que el ser humano apetece, del amor. Este, a diferencia de todos los demás, conforta la intimidad misma del que lo recibe. Parece infundirle consistencia. Pero no más de la que otro contingente puede dar. Como la serie de eslabones de la vida personal, inspeccionada con mirada serena, aparece sin razón en sí, la cadena de contingentes, por interminable que se la finja, por sí sola es puro sueño, nada. Reunión de carentes de todo poder de existir. Incapaz absolutamente de brotar por sí, que no es nada, a la existencia. De su naturaleza es ni poseerla ni exigirla; tan sólo poder llegar a ser realidad existente por el poder y voluntad ajena: del no contingente, del Necesario, del Absoluto. Y como el venir al ser la continuación en él, pues de su naturaleza contingente es ser insuficiencia básica por sí para cuanto sea existir. Dependencia por excelencia la del ser contingente respecto del Ser Necesario.

Toda reflexión sincera del hombre sobre el propio ser es un inmediato enfrentarse con la propia contingencia, que por la desconcertante y penosa impresión que causa en el yo humano, curioso por el porqué de las cosas y ávido de firmeza y amplitud sin restricciones, tiene que empujarle a saltar por encima de sí mismo hasta dar con la respuesta sólidamente aquietadora. La evasión no es postura gallarda. No es dignamente humana. Ni es preciso razonarlo mucho. Todo en la vida del hombre invita al esfuerzo por superar lo adverso o lo difícil con éxitos tangibles a pesar de decepciones y contradicciones. En el más grave y más humano de los casos la inactividad indolente sería rebajamiento irracional. Es preciso afrontar la ardua realidad. E indudablemente con las armas de la inteligencia. Sin conocer no es posible ejecutar. Y conocer ¿qué? La evidencia fulgurante de la impotencia propia y la indeclinable realidad consistente del Absoluto. Son los dos objetos que es imposible esquivar. ¿Cómo mirarlos? Del único modo admisible: como exija la objetividad. Todo lo demás, por sofisticado o teatral que sea, es estéril. Y no se trata de asunto baladí.

La reflexión humana, por poco profunda que sea, pronto pone al pensador y al Absoluto frente a frente. Justamente puede decirse que no es ya cuestión de ver sino de querer mirar y, más aún, de adoptar una actitud en consecuencia. Porque el hombre, aunque tan contingente y tan limitado, es dueño de su personal decisión. La libertad personal, neciamente negada por un extraño sectarismo cientificista, y pudiéramos decir burgués, ávido de cómoda despreocupación, es ahora enérgicamente vindicada por la sincera reflexión del pensamiento contemporáneo. Ahora bien, ¿cómo usar de ella en este trance singularmente humano? La libre decisión puede ser caprichosa; pero la realidad no se pliega a los caprichos. El ser que depende está indeclinablemente condicionado por el poderoso del que recibe favor. Dependencia y dominación son correlativos. Dominación ontológica en unos casos, jurídica en otros; potestad con su correlativa sujeción en todos. Del sol depende la vida en la tierra, y así ésta refleja las alternativas del influjo de aquél: desolación si éste declina, sorprendente exuberancia en su vigoroso retorno. Y es un factor tan sólo de los necesarios, y condicionado él mismo también. El Absoluto es

el dominador incondicional, sin posible sustitución. Pretender sustraerse a su influjo es renunciar a todo bien, porque El y sólo El es, por su naturaleza, el manantial de todos.

Ninguno, entre los naturales, mayor que la libertad del ser inteligente. Ninguno tampoco de más transcendencia. El mismo Absoluto, el incondicionable, consecuente con su proceder, la ha respetado hasta el extremo de condicionar hasta cierto punto al uso que de ella haga su poseedor el modo de ulterior influjo y dominio que él mismo ejerza sobre el mismo ser libre. Este tiene en sus manos su suerte, su óptima suerte. Pero también la posibilidad de su desventura total. Porque, con su libertad, puede declararse en rebeldía contra el Absoluto. Es la conciencia quien lo advierte. Ese íntimo poder de decisión puede encontrar en ello su halago. Mas a cuenta del que opta por él serán las consecuencias. Porque otra realidad íntima y trascendental como la capacidad de libre decisión e inseparable de ella descubre con evidencia no menor en sí mismo el ser libre: su responsabilidad. Al concentrado placer de reconocerse artífice de su propio perfeccionamiento si su elección es recta, sustituiría la desesperación de verse culpable único de haber labrado su propia desventura. Y ninguna como la renuncia al manantial de todo bien. Como, por correlativa razón, ninguna ventura comparable a la adhesión perfecta, conforme a la propia naturaleza, a aquel de quien todo bien procede. Quien dio la potencialidad inicial hará entonces que las posibilidades a ella anejas lleguen a la plenitud de su actualización. La condición es sólo una. La que la esencia misma de todo contingente reclama por ser lo que es, por su propia estructura, pero que en el ser inteligente y libre ha de ser racional y libremente aceptada: la sumisión incondicional al dominio del Absoluto, de Dios; lo que en un ser dinámico, como el hombre, implicará el despliegue más fecundo, armónico y eficaz de sus potencialidades todas.

Esto no expresa todo lo que en el "proyecto" de perfecta estructura del ser humano debe aparecer. Pero lo contiene todo. Como la semilla al árbol. Basta con desarrollarlo haciendo explícito lo implícito. Ulterior tarea, en este caso también de "conciencia", que, como es obvio, los límites propios de este trabajo no permiten realizar. Su propósito ha sido buscar la primera piedra angular —maravillosamente "germinal"— de la construcción que pudiéramos llamar sobre-estructura, o mejor, desarrollo evolutivo vital y ennoblecedor del ser del hombre. Y esto esperamos haberlo hallado.

Jesús Muñoz, S. J.

Universidad Pontificia.
Comillas.